
El Comediante Fonseca

Vicente Blasco Ibáñez

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 7381

Título: El Comediante Fonseca

Autor: Vicente Blasco Ibáñez

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 18 de enero de 2022

Fecha de modificación: 18 de enero de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I

Conocí a Mariano Fonseca en un café de la Avenida de Mayo, donde se reunían muchos actores y músicos españoles, venidos a los teatros de Buenos Aires. Su pelo, teñido intensamente, le proporcionaba a veces la afrenta de llevar en el rostro negros churretes que se esparcían por los surcos de sus arrugas. Pero este tinte escandaloso le infundía al mismo tiempo la certeza de que aún le quedaban largos años de vida para ser en comedias y dramas el protagonista de mediana edad y caballerescas acciones.

Sus compañeros de profesión no aceptaban esta juventud ilusoria. Sólo los antiguos, los que eran en la escena «padres nobles» y podían reclamar por sus años el papel de «barba», osaban tutear al célebre Fonseca. Los demás, a pesar de la familiaridad que rige la vida del teatro, le llamaban siempre don Mariano.

—Yo resulto poca cosa comparado con usted, doctor Olmedilla—me dijo una noche—. Antes de ser comediante estudié el bachillerato allá en Madrid, y me doy cuenta de que hablo con un médico de gran porvenir, llegado a estas tierras por curiosidad aventurera, pero que algún día obtendrá gran fama en nuestra patria. Por eso agradezco mucho que un hombre tan «científico» se digne venir a un establecimiento como éste para hablar con un pobre actor... Pero, aunque yo sea un ignorante comparado con usted, me considero por encima de mis camaradas.

Y Fonseca, acodándose sobre el mármol, en una actitud que él deseaba espontánea y hacía recordar la postura arrogante de un héroe de capa y espada sentado en una hostería, miró con bondad protectora a los otros hombres de teatro que ocupaban las mesas cercanas y parecían olvidados de él.

—Ahora, doctor—continuó—, estoy en la decadencia. Reconozco que han pasado mis tiempos. Además, este Buenos Aires, donde obtuve éxitos enormes, ya no es para mí. Ha crecido demasiado aprisa, y los gustos cambian. Ahora el público sólo quiere compañías lujosas, con muchas

hembras ligeras de ropa y mucha música. Nadie gusta ya de las obras en verso y vamos siendo pocos los que sabemos declamar como en otra época.

Yo he sido célebre, doctor. Aún quedan criollos de mis buenos tiempos, que viven en las afueras de Buenos Aires rodeados de sus nietos, y si les habla usted de Mariano Fonseca le dirán quién fue. Por eso, sin duda, sólo encuentro trabajo actualmente los sábados y domingos, para representar obras antiguas, obras verdaderamente buenas, en algún pueblo inmediato a la capital. Estos públicos sencillos y honrados son los únicos capaces de apreciar ahora el verdadero arte. Pero no quiero insistir en esto; prefiero hablarle de mi vida, que le interesará más.

Sepa usted que soy un gran español, y eso que España no se portó bien conmigo. Por algo la abandoné cuando tenía poco más de veinte años, y no he vuelto a ella. Los públicos de allá se mostraron injustos, y tuve necesidad de venir a América para que alguien me aplaudiese. Pero no guardo rencor a mi patria ingrata. Sé bien que muchos grandes hombres conocieron la misma suerte. A pesar de esto, he servido a España aquí en América, durante treinta años, más que los diplomáticos y los hombres políticos.

Actualmente se oye hablar mucho de fraternidad hispanoamericana. Hay Sociedades que se cuidan de su fomento, y son frecuentes los banquetes y otras fiestas con discursos recordando a la madre patria. Pero cuando yo empecé mis correrías de actor, desde Texas y California hasta el cabo de Hornos, la situación era otra. España se acordaba poco de los pueblos americanos que hablan su lengua, y estas Repúblicas hispanoparlantes (como dicen algunos doctores) mantenían enteros y vivos los odios, las preocupaciones y cegueras de la guerra de la Independencia.

No venían de la Península otros enviados que nosotros. Éramos los comediantes los que evocábamos el recuerdo de España, representando las obras en verso del teatro romántico. Este apostolado no estaba libre de martirios. Los cómicos veíamos a veces con inquietud la llegada de la fiesta patriótica de cada República. Casi todos estos países tienen en su himno nacional una estrofito agresiva o vengadora dedicada a la antigua España. El tiempo, que todo lo calma, las buenas relaciones diplomáticas y los intereses de raza, han puesto en desuso estos versos, anticuados y mediocres. Pero en los tiempos de mi juventud traían con ellos tantos peligros y estrépitos como una tempestad, y muchas veces hicieron correr

sangre.

Una parte del público, el día del aniversario patriótico, ordenaba que los actores españoles cantasen el himno ofensivo para su nación. Muchos se resistían a tal ultraje, apoyados por otra parte del mismo público, compuesta de españoles establecidos en el país. Escándalo general, insultos, palos, y muchas veces tiros. Además, usted conoce la gran variedad de apodosos que existe para nosotros en estas Repúblicas pobladas por nietos de españoles. Los compatriotas de sus abuelos somos en un sitio «godos»; en otro, «gallegos»; en otro, «patones» o «gachupines», y así continúa la lista de mote...

Ésta era la parte mala del teatro en aquellos tiempos; pero sería injusto callar la parte agradable y gloriosa de nuestra vida errante. Como ya le he dicho, durante medio siglo fuimos la única representación española que conocieron los pueblos americanos de nuestra habla. En muchas ciudades del interior nos veíamos acogidos como si la vieja España viniese de actriz en nuestra compañía. Las señoras del público murmuraban en voz baja durante la representación los versos de las obras célebres, conocidos por ellas tan bien como por nosotros. Además, siempre encontrábamos algún respetable doctor, dedicado al estudio de las cosas antiguas de su tierra, que se emocionaba al vernos, como si presenciase una segunda llegada de los conquistadores.

A mí me conoce usted ahora en la desgracia; pero si visita mi casa alguna vez, le podré enseñar coronas a docenas, láminas de plata o de bronce con dedicatorias grabadas, de las que no he querido desprenderme ni aun en días de angustiosa pobreza, y versos, muchos versos, dedicados a mi humilde persona. Guardo también un discurso que un poeta joven (luego ha sido muchas veces ministro en su país) leyó el día de mi beneficio. «España—dice—es inmortal por sus hijos célebres. Jamás podrá desaparecer una nación que ha dado al mundo Cervantes, Castelar y Mariano Fonseca».

Sé bien que esto último es un poco exagerado. ¡Entusiasmos de muchacho!... Pero sería injusto no reconocer que nuestra vida errante sirvió durante medio siglo para que no se enfriasen totalmente las antiguas relaciones de familia y la gente recordase que aún existía España.

Yo debí quedarme en una de esas Repúblicas pequeñas, donde la vida es patriarcal, y para que no resulte enteramente aburrida, procuran los hijos

del país amenizarla todos los años con alguna revolución. Pero mi hija gusta de volver a este Buenos Aires, donde nació. Yo también siento la atracción de la Avenida de Mayo; y aunque viva perfectamente en Méjico, junto a la frontera de Texas, y jure no volver más a la Argentina, siempre se arreglan las cosas de modo que, de aventura en aventura y de triunfo en fracaso, acabo por rodar de un extremo a otro del Nuevo Mundo, volviendo a esta ciudad, que es el refugio de todos nosotros.

Sin embargo, quedan esparcidos en las dos Américas muchos comediantes españoles, cuyo nombre ignora España y son personajes verdaderamente populares en las tierras donde se radicaron. Al gustar al público varias temporadas consecutivas, se quedan en el país para siempre, creyéndolo el mejor del mundo por haberles dado sus aplausos. Así envejecen sobre la escena, viendo pasar tres generaciones por los asientos del teatro. El presidente de la República se acuerda de que siendo niño le decía su mamá: «Si eres bueno, te llevaré al teatro a ver a Fulano». Los niños que ahora ríen las gracias de Fulano son nietos o bisnietos de los que presenciaron su llegada al país. Todos olvidan el lugar de su nacimiento, y acaban por considerarlo una gloria nacional. Cuando muere creen que el teatro ha sufrido una pérdida irreparable, y que ya no surgirán actores de su misma talla.

De haberme quedado en una República de éstas, mi existencia sería más tranquila y digna. No me vería obligado a hacer «bolos» los sábados y domingos en los pueblecitos, ni a sufrir las impertinencias de los muchachos que llegan ahora a las tablas, con tantos «modernismos» y sin saber decir bien un verso.

Pero siempre me sentí movido por un espíritu andariego y propenso a las aventuras, como el de los antiguos conquistadores. Ocho veces he ido del extremo Sur de Chile a la frontera de los Estados Unidos y viceversa, deteniéndome en cuantos teatros, buenos o malos, encontré al paso, o improvisando escenarios de ocasión en lugares que estaban esperando la llegada de un comediante desde el principio del planeta.

Esta facilidad ambulatoria la adquirí en mis primeros años de vida americana, cuando empecé la carrera como galán joven, al lado del gran Rengifo.

Con este actor glorioso no fue ingrata la madre patria. Recordará usted que gozó en España largos años de gloria. Pero al quedar poco menos

que afónico y faltarle el dinero, tuvo que ser héroe y pasar el Atlántico, que siempre le había inspirado horror. Había que oír a este grande hombre cuando relataba sus viajes y las observaciones hechas por él en los teatros del Nuevo Mundo.

Usted sabe, doctor, que las numerosas Repúblicas de América que hablan español se diferencian mucho en fisonomía, desarrollo y carácter. Ocurre con ellas lo que con los hijos de una misma familia: tienen padres comunes y una sangre igual; pero los genios son distintos, y cada uno nace con diversas aficiones. Los mayores son serios y trabajan; los otros tienen el aturdimiento de la adolescencia; los pequeños hacen diabluras. Hay Repúblicas que yo llamo «serias», y otras que tienen la cabeza a pájaros y nadie sabe si llegarán a ser formales alguna vez o quedarán como esos calaveras que siguen loqueando hasta en su ancianidad.

Yo quiero a todos estos países, sean grandes o pequeños, y reconozco un fondo de cabaleresca sensibilidad y una envidiable alegría de vivir aun en aquellos que llevan una existencia trágica. El gran Rengifo hablaba muchas veces con entusiasmo de algunas Repúblicas pequeñas, donde no pasa año sin numerosos fusilamientos y la vida del hombre es la cosa de menos valor en el país.

—Todos, sin embargo, hacen versos en esas tierras—decía mi maestro—, y cuando sale el sol, desde el presidente de la República al último caimán de sus ríos, no queda uno que no pulse la lira y lance una oda a la vida que despierta.

Rengifo alcanzó a presenciar cosas extraordinarias en este mundo nuevo. Una noche, trabajando en la capital de una de las citadas Repúblicas, fue tanto el entusiasmo del público, que el presidente creyó del caso venir a cumplimentarle en su cuarto, seguido de un par de ayudantes, cubiertos de cordones y bordados de oro, que llevaban oculto un revólver en cada bolsillo del pantalón.

—¡Muy bien, eminente artista! ¡Muy bien! Felicito al representante glorioso de la vieja madre patria.

Y le estrechó la mano.

Continuó la función, yendo en aumento el entusiasmo de los espectadores. Antes del último acto, Rengifo, que estaba cambiándose de traje, vio entrar

en su cuarto a otro señor, flanqueado igualmente por dos rutilantes edecanes.

—¡Muy bien, eminente artista! ¡Muy bien! Mis felicitaciones al glorioso enviado de la vieja España, nuestra madre.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Soy el presidente de la República.

—¡Ah, no!... Inútil la broma—protestó el maestro—. El presidente de la República ha estado aquí hace poco. Es un señor con barba, vestido de frac, y usted lleva bigote y uniforme de general.

—Es que usted ignora que entre el segundo y el tercer acto ha habido una revolución.

II

Mi mejor época empezó cuando pude formar compañía, siendo a la vez empresario y actor.

La primera dama era mi mujer, la pobre Rosalba, de la que hablaré luego. Su padre, un español venido de allá treinta años antes que yo, había alcanzado en Buenos Aires los tiempos del tirano Rosas, y, por su edad y su voz, se encargaba en nuestras representaciones del papel de traidor. Los demás actores se quejaban a todas horas, provocando disputas con sus celos y exigencias; pero esto no impedía que marchásemos siempre juntos, queriéndonos como si fuésemos de la misma familia.

Rosalba era extremadamente morena, tenía hermosos ojos, y más de una vez sentí orgullo y tristeza a un tiempo viendo cómo la miraban muchos espectadores en las ciudades del interior. La pobre no conoció jamás la riqueza ni el verdadero lujo; pero representaba la poesía de la vida, la elegancia aristocrática, los grandes placeres de Europa, ante los públicos sencillos que venían a escucharnos, como si fuésemos los enviados de un mundo misterioso y lejano.

Su madre también era española; mas Rosalba, por haber nacido en Buenos Aires, se consideraba distinta a nosotros, interpretando esta diferencia como algo que la confería una superioridad indiscutible. En sus momentos de fervor artístico (que no fueron muchos) soñaba con ir a España para representar en uno de sus teatros. Ser actriz en Madrid le parecía el término glorioso de una existencia. Luego, en sus ratos de cólera (que eran los más), me echaba en cara mi origen:

—Tú eres un «gallego»; yo soy criolla y estoy en mi casa.

Mi suegro, hombre a la antigua, incapaz de abdicar la superioridad de su sexo, me daba consejos:

—¡Mucho ojo, Mariano! Mi niña es una mala bestia, y ya sabes cómo hay que tratarla: el pan en una mano y el palo en la otra.

Pero yo, doctor, preferí siempre tener la razón de mi parte, dejando que ella fuese injusta y agresiva. En realidad, ya no me acuerdo de los disgustos que pudo darme. Nuestra vida movедiza y pródiga en molestias nos impulsaba a juntarnos otra vez, olvidando con facilidad las querellas del día anterior. Frecuentemente me hablaron mal de ella, y hasta recibí anónimos; pero la envidia profesional, sobre todo entre mujeres, aconseja tales cosas a la gente del teatro.

Confieso, sin embargo, que algunas veces sentí la tentación de separarme de ella por sus imprudencias. Coqueteaba descaradamente con señores del público, y esto era perjudicial para nuestra empresa, haciendo desmerecer a la compañía y quitándonos prestigio ante las nobles matronas de las ciudades en que trabajábamos.

Yo podía enfadarme con mi esposa, pero no me era posible despedir a la primera dama. No habríamos logrado continuar sin ella nuestras representaciones. Por eso, aunque me cause cierta vergüenza el confesarlo, transigí siempre, y algunas veces, al huir Rosalba de nosotros, fui a pedirle que volviese, en nombre de su familia y en nombre también de los demás artistas, que faltos de su colaboración iban a verse en la miseria.

Sé que las gentes malignas hicieron comentarios poco gratos para mí sobre estas fugas, diciendo que siempre la acompasaba en ellas algún personaje del país, doctor, general o simple periodista. Pero estoy seguro de que eran calumnias. Ella me lo demostró siempre con pruebas irrecusables. Si huía de nosotros era por su carácter caprichoso, por su genio independiente, que la hacía odiar de pronto cuanto la rodeaba.

Crea, doctor, que si alguna vez me fue infiel (y ahora lo dudo), debió serlo por imposiciones violentas, y no por su voluntad. Usted no sabe lo que puede encontrarse viajando a través de esta América, tan desigual. En las Repúblicas de vida adelantada, donde mandan los blancos más que los oscuros, hay justicia, y las personas pueden creerse seguras. Pero a veces caíamos en lugares donde estaban las gentes como encogidas, bajo el capricho de un hombre solo. Esto era en provincias de alguna de esas Repúblicas sometidas a frecuentes revoluciones. El presidente, para gratificar a los que contribuyeron a su elevación, los envía a un territorio lejano, y allí pueden enriquecerse, llevando una existencia igual a la de un antiguo gobernador turco.

Imagínese las inquietudes de nuestra compañía cuando llegaba a uno de estos lugares. Temíamos el mal humor del tirano, porque podía oponer toda especie de obstáculos a nuestro trabajo. Faltos de su protección, nos era imposible obtener un local ni ganar dinero. Pero yo, por mi parte, temía no menos a los gobernadores entusiastas del arte dramático, que nos recibían con una afabilidad extraordinaria, asistían familiarmente a nuestros ensayos y nos brindaban apoyo. Cansados de las hembras del país, sentían la atracción de la comedianta recién llegada, que era además esposa del director de la compañía: una novedad.

¡Las astucias que hubo de emplear para defenderme de tales bárbaros!... Uno de ellos me tuvo en la cárcel tres semanas, por creer que yo era amigo de los que conspiraban contra él. Es verdad que mientras estuve encerrado proveyó al mantenimiento de toda la compañía, invitando además a mi esposa a comer y cenar en su casa... Y mis compañeros, halagados por la familiaridad del gobernador, declararon que esta temporada, tan penosa para mí, fue para ellos la más agradable.

Nunca quise saber con certeza lo que pudo existir detrás de una medida tan arbitraria. Rosalba me juró que este hombre temible y atropellador, aunque de perversa educación, era en el fondo un caballero, y no había osado nada contra ella. No pude negarme a creerla. Me lo juró sobre la cabeza de nuestra hija.

He olvidado que usted no conoce a mi hija Pepita: una actriz de verdadero talento, pero con un carácter peor que el de su madre. Esta muchacha excelente, muy seria en sus costumbres, tiene un gesto que corta y disuelve todo intento de confianza. Por eso muchos de nuestra profesión la llaman por apodo «la Virgen guerrera».

Hace más de veinte años que nació en Buenos Aires; pero esto fue pura casualidad. Lo mismo podía haber nacido en una pobre estación de ferrocarril, en una carreta cruzando la Pampa, o en una canoa bajo el ramaje de una selva vecina a un río. Rosalba no dejó de representar mientras la llevaba en sus entrañas. Hasta el último instante se apretó el corsé e hizo esfuerzos para mantener disimulada su maternal deformidad. No quería que el público riese considerando su estado y viendo al mismo tiempo que el galán joven la perseguía loco de amor, deseoso de morir o matar por ella. Así es nuestra existencia.

Tampoco las funciones de la lactancia sirvieron de estorbo para la gloria y

la actividad artística de la madre. Mi pobre Pepita se dio cuenta de que existía entre dos bastidores de teatro pobre, y pasó sus primeros años en continuo viaje por las tierras comprendidas entre los dos trópicos, llegando algunas veces hasta las montañas heladas de la Tierra del Fuego.

Mi esposa, que unas veces era Doña Inés, otras la dama feudal amada por el trovador, y otras la doncella romántica de ojos pudorosos con una rosa en la mano, se abría en los entreactos la pechera del vestido para que la niña pudiera alimentarse, medio cegada por el resplandor de un mechero.

Hubo que acudir a recursos extraordinarios para que no muriese de hambre. Rosalba, que, a pesar de sus defectos, era una excelente mujer, no podía cumplir a la vez con exactitud sus deberes contradictorios de madre y de artista. Como viajábamos incesantemente, la pequeña se nutrió al azar de nuestras correrías. Le dieron sus pechos indias y negras; se alimentó con leche de animales de todas castas: vacas, yeguas y cabras. Hasta creo que conoció las ubres de las llamas que trotan como bestias de acarreo por los senderos pedregosos de los Andes.

Esta alimentación, que uno de mis compañeros, llamado Tribaldo, muy extravagante en el empleo de las palabras, llama «internacional y geográfica», fue causa, tal vez, del carácter raro o intratable de la niña.

Aprendió a mantenerse sobre un caballo antes de saber andar. Durmió tranquilamente, como en un regazo, entre fardos llevados a lomo por mulas o guanacos. Su tierna carne se acostumbró al lancetazo chupante de los mosquitos, las moscas de color y demás insectos de las soledades americanas. Una vez, al hacer alto en una selva, la sorprendimos jugueteando con una serpiente de cascabel. En otra ocasión, al pasar un río abundoso en caimanes, se nos cayó de la mula, y hubo que sacarla por los pelos. Tenía entonces cuatro años, y después de expeler el agua tragada, no volvió a acordarse del accidente. Mi hija conoce todo lo malo de este país, y no hay nada en él que pueda matarla...

¡Los viajes de hace veinte años, cuando aún vivía mi esposa y empezaba Pepita a salir a escena, unas veces de niña raptada, otras de angelito, en el momento de la apoteosis final!... Mientras trabajábamos en tierras con ferrocarriles, la compañía se trasladaba fácilmente de un lugar a otro, seguida de todo su equipaje. En nuestra existencia errante no podíamos olvidar nada: trajes, objetos ni decoraciones. Era imprudente contar con los recursos del país. En ciertos pueblos el teatro era un corral. Nosotros

nos limitábamos a levantar el tablado que servía de escenario, y el espectador se traía el asiento de su casa.

Hoy existen ferrocarriles en muchas tierras que atravesé yo hace menos de medio siglo viajando lo mismo que los primeros exploradores españoles. Como ocurre siempre en los países que llegan tarde a disfrutar las ventajas del progreso, estos ferrocarriles son magníficos, superiores a los de Europa; como quien dice, «la última palabra»: vagones Pulmann, amplios dormitorios, etc. Pero en mis tiempos tuve que invertir seis u ocho días, subiendo y subiendo por las faldas de los Andes y atravesando cimas eternamente nevadas, para correr el mismo camino que ahora hace el tren en unas cuantas horas.

Ascendíamos a tan enormes cumbres, que nos daba la enfermedad llamada «sorocho», el mareo de las alturas, igual al mareo del mar. Los cóndores volaban curiosamente sobre nosotros, adivinando que éramos una tropa diferente a la de los arrieros de poncho colorado que cruzan la Cordillera con sus recuas.

Emprendíamos el viaje desde cualquier puerto del Pacífico (población cosmopolita y calurosa, a ras de las olas, con muchos comerciantes ingleses o alemanes) hasta alguna ciudad del interior, de nombre histórico, situada en lo alto de la Cordillera, a dos mil o tres mil metros, y adormecida noblemente lo mismo que en la época de sus ilustres fundadores, venidos de Extremadura o Andalucía. Como avanzábamos por senderos estrechos, bordeando precipicios, el material de la compañía iba a lomos de bestia. Para mayor seguridad y baratura, empleábamos el animal de carga del país, el compañero del indio.

Usted conoce indudablemente lo que hacen las llamas cuando el arriero pretende imponerles un trabajo extraordinario. Es un animal que sabe hasta dónde deben llegar sus fuerzas, se irrita ante el abuso, y defiende tenazmente sus derechos. Todos los de su especie han acordado, sin duda, que sólo deben soportar una determinada cantidad de kilos, y cuando les colocan una libra más en sus alforjas, llamadas «petacas», se tienden en el suelo como un trabajador que apela a la huelga pasiva, y no hay quien los levante, por más palos que les den.

Nuestras decoraciones eran de papel, y no muchas; el vestuario y los objetos escénicos tampoco resultaban abundantes; pero, aun con esta parsimonia, ¡imagínese si serían necesarios animales de tal especie para

trasladar toda la impedimenta de la compañía!

Formábamos una hilera de doscientas o trescientas llamas, con sus arrieros indios, que gritaban para animarles en los malos pasos. Los artistas íbamos en mulas tozudas y voluntariosas, a las que era prudente dejar sueltas, a merced de su instinto, sin preocuparse de guiarlas, sin otra defensa que cerrar los ojos en ciertos senderos, que más bien eran filos de cuchillo, con un precipicio de varios centenares de metros debajo de nuestros pies. Esto no impedía que «la Virgen guerrera» trotase al frente de la caravana, a horcajadas como un muchacho, las piernas al aire, la cabellera suelta al viento, y en continua pelea con su mula, que coceaba junto a los abismos, protestando de una voluntad deseosa de imponerse a fuerza de varazos y tirones del roncal.

Los personajes más importantes de la compañía marchábamos en el centro de este rosario. Crea usted que a nuestras tres o cuatro mujeres, arrebuajadas en sus mantos, con la cara ennegrecida por el sol y el frío de las cumbres, no las habrían conocido jamás los mismos que las aplaudían una semana antes en la ciudad que habíamos dejado abajo, junto al mar.

Ascendíamos en zigzag, como una fila de hormigas rojas, por las laderas de los Andes. ¡Éramos tan poca cosa en aquella inmensidad!... Levantando los ojos podíamos ver las panzas de los animales de la primera sección de la caravana, que subían y subían, trazando una serie de ángulos. Mirando abajo sólo encontraban nuestros ojos las cargas y las cabezas de las llamas que cerraban la marcha. A veces salvábamos profundísimos barrancos merced a un puente hecho de lianas, que se mecía como una cuna sobre el abismo.

Viajábamos lo mismo que en otros siglos los personajes de la colonización española. Como yo tengo mis lecturas, creí muchas veces que no éramos una compañía de cómicos; más bien una caravana de funcionarios, enviados por el rey de España y sus Indias, que acababan de desembarcar; un corregidor y varios oidores de Audiencia venidos con sus damas a tomar posesión de sus cargos.

Cuando el viento de las alturas era favorable, soplándonos por la espalda, los arrieros convertían sus bestias en navíos. Entre las dos «petacas» colocaban un palo, izando en él un pedazo de lona que hacía oficios de vela. De este modo la fría brisa de las cumbres ayudaba nuestra marcha, empujando a las llamas, haciéndoles redoblar su trote adormecido; y la

flota animal, con sus centenares de velitas desplegadas, iba navegando entre el revuelto oleaje de rocas y nieves.

Guardo un mal recuerdo, doctor, de mi viaje en ferrocarril la última vez que estuve en Quito. Este mismo viaje lo había hecho seis años antes en recua, y aunque fue incómodo y largo, resultó más seguro.

La línea férrea que existe ahora de Guayaquil a Quito es casi un funicular de varios centenares de kilómetros; una vía atrevidísima que sube y sube. Como yo y mis gentes empleamos este medio de transporte en las primeras semanas de su funcionamiento, el tren descarriló al ganar una meseta solitaria de los Andes.

Hubo muertos y muchos heridos. Imposible imaginar un paisaje más desolado: rocas de colores metálicos, y como única vegetación cactus rectos y muy esparcidos, que parecían hombres resbalando por las laderas. Ni una casa, ni un árbol, ni una gota de agua. Y en esta soledad, lamentos de heridos, gentes llamándose en torno a los vagones hechos pedazos o volcados.

Me alejé del tren, buscando socorro. De pronto vi asomar cautelosamente sobre el borde de un barranco unos cuernos rojos y algo flácidos, como si fuesen de trapo; luego unos ojos oblicuos y malignos, con las cejas en ángulo, y el resto de una cara manchada de negro y bermellón. Era un demonio, un verdadero demonio, más horrible en esta soledad que los que había yo visto en los cuadros y en el teatro.

Detrás de este demonio, que subía lentamente, a cuatro patas, apareció otro, y luego otro. Llevaban trajes grotescos, disparatados, astrosos; pero estas vestimentas parecían darles un aspecto más horripilante. La tropa infernal, que iba avanzando medio oculta, con las precauciones que impone la vida desconfiada del desierto, se puso de pie y marchó audazmente, animada por el aspecto que ofrecía el tren.

Le confieso que sentí miedo al ver cómo venían hacia mí tantos diablos, rojos y verdes, con la cara negra de hollín. De pronto recordé que estábamos en domingo y era Carnaval. Los demonios se convirtieron en indios, habitantes de chozas cercanas o invisibles para mí, que se habían disfrazado con motivo de la fiesta, abandonando sus bailoteos al enterarse de la catástrofe.

Como era mediada la tarde estaban ebrios, y después de rondar en torno a los vagones, empezaron a sentirse tentados por los equipajes de los viajeros, haciéndolos suyos tranquilamente. Representaba una amenaza de muerte pasar la noche en compañía de estos demonios, cuyo número iba aumentando. Por suerte, llegó un tren de socorro: una locomotora y un vagón, con varios empleados norteamericanos de la línea, y una caja de botellas de *whisky* para las primeras curas. No podía pedirse más.

Otras veces conocíamos en nuestros viajes inesperadas grandezas y maravillosas abundancias. Recuerdo cómo desembarcamos en una ciudad de la costa del Perú, fundada por Pizarro, pero que había permanecido luego olvidada durante siglos. Los yanquis empezaban en ella la explotación de unas minas, o mejor dicho, la depuración de las escorias, abundantes en plata, abandonadas por la minería colonial, y esto había atraído numerosos obreros.

Fuimos a tierra desde el vapor en una balsa, hecha de troncos y tripulada por indios. No crea que el viaje era fácil. Había que salvar tres líneas de rompientes, aprovechando el minuto preciso, con riesgo de zozobrar y ahogarse si los remeros maniobraban un momento antes o después. Aun así, quedamos varias veces, personas y objetos, sumidos entre espumas, yendo acompañada cada sacudida de la balsa con alaridos de mujeres y llamamientos a todos los santos. Viajeros y cosas navegábamos amarrados, para mayor seguridad, y aun así perdimos mucho equipaje.

No había otro medio de desembarcar; pero la aventura valía la pena. Imagínese la emoción de un millar de hombres aislados en este pedazo de costa olvidada, ganando dinero abundantemente y sin saber qué hacer de él. Un barracón vecino al embarcadero de mineral lo convertimos en teatro. Cada minero pagó por su entrada un peso fuerte. Nunca he vuelto a ver tantos duros juntos. Cuando nos retiramos a media noche a nuestro alojamiento, tuvimos que valernos de una carretilla para acarrear las espuestas llenas de monedas de plata.

Además, en ningún teatro obtuve ovaciones tan sinceras y clamorosas. Lo que más gustaba a este público de blancos y mestizos eran los dramas abundantes en peleas y con mucho choque de espadas. Cada vez que me batía con el traidor de la obra, los espectadores daban alaridos de entusiasmo, pidiendo un segundo combate, y yo, enardecido por los aplausos, repetía la lucha, matando de nuevo a mi adversario.

Nunca aprecia uno el poder mágico del teatro como viviendo entre gentes sencillas. Por eso en mis viajes he preferido los pueblos humildes y olvidados, las ciudades viejas, a las que sólo llega muy de tarde en tarde una compañía teatral.

Que no me hablen de esas capitales de América vecinas al mar, en las que se usa generalmente la lengua española, pero son muchas las gentes de todos los países. Llega uno para dar a conocer las obras del teatro clásico, y le preguntan inmediatamente cuántas mujeres trae la compañía, si son bonitas y si las obras que van a representarse tienen música y canto. Deme usted ciudades del interior, reposadas y nobles, donde se encuentran plazas con soportales que recuerdan a Toledo y Segovia; donde los señores usan barba y tienen un aire caballeresco, como si acabasen de quitarse la coraza en su casa; donde las damas son aseñoradas y van a misa cuando apunta el sol a un convento que tiene naranjos en el patio, llevando sobre el rostro un manto negro, lo mismo que las tapadas de Calderón y de Lope.

Parece que esta América vieja se ha modificado mucho desde mis tiempos de galán joven y va a desaparecer. Pero yo la he conocido aún con su noble atraso y su lujo colonial. Estuve en poblaciones del interior célebres por sus minas históricas, donde todo era de plata, pero de plata antigua y recia, trabajada a martillo, con la prodigalidad que aconseja la abundancia del material; los platos, los jarros y hasta cierto útil nocturno depositado junto a la cama. Los objetos de loza había que traerlos de la costa, y se quiebran fácilmente en un viaje a lomos de mula por los senderos de la Cordillera. Resultaba más económico fabricarlos de plata.

En estas tierras de vida ingenua es donde me vi más apreciado. Hombres de cuchillo curvo, que llevaban varias muertes sobre su conciencia, me seguían, al encontrarme en las calles, con ojos de admiración y respeto. Eran espectadores que me habían visto la noche anterior batirme como un héroe contra varios bellacos.

—¡Salud, patrón!—decían algunos—. ¡Vaya una «manito» que tiene usted para la espada! ¡Que el Señor se la conserve!

Muchas veces me he acordado del gran Rengifo. Estando en Méjico, al ir en diligencia de una ciudad a otra, le salieron al camino unos bandoleros célebres, que llevaban sus trajes y monturas chapeados de monedas y bordados de plata. Estos facinerosos mataban a todos los que pretendían

desobedecerles.

—Yo soy Rengifo—dijo con arrogancia a los ladrones, mirándolos frente a frente.

Y ellos dejaron de apuntarle con sus carabinas, echando pie a tierra para estrechar su mano.

—Nosotros respetamos a los valientes, compañero.

Todos ellos le habían visto en el teatro.

Cesó de hablar el gran Fonseca, quedando en actitud meditabunda. Parecía perseguir sus recuerdos y reconcentrarlos, para que no se escapase ninguno. Deseaba hacerme conocer, en sus múltiples aspectos, buenos y malos, aquella vida errante a través de América, que tenía para él la dulzura melancólica de su lejana juventud.

Pero un hombre gordo y afeitado, con rostro de comediante viejo, acababa de entrar en el café. Iba a sentarse junto a una mesa ocupada por otros de su mismo pergenio, cuando al reconocer a Fonseca cambió de dirección, viniendo hacia nosotros.

—¡El tiempo que llevo sin verte, Mariano!—dijo con voz profunda y lenta, que daba una solemnidad grotesca a sus palabras—. Te encuentro gordo como un canónigo de aldea.

Fonseca le miró con ojos de conmiseración.

—No seas bruto, Tribaldo. En las aldeas no hay canónigos. Querrás decir un cura de aldea.

—¡Tú siempre dando lecciones! Quieres que no olvide que en tu juventud fuiste estudiante... Bueno; hemos de hablar de un negocio, de una *tourné* en Chile. Vendré a buscarte luego. Te invito a dar un paseo... noctámbulo.

Y al marcharse Tribaldo, el gran Fonseca me miró como si implorase clemencia para los disparates de su camarada.

—Así son—dijo con tono resignado—la mayor parte de los que vienen a este café. ¡Y uno debe vivir con ellos a todas horas!... Por suerte, tengo a Pepita. Es preciso, doctor, que venga usted a nuestra modesta casa, para que conozca a mi hija.



—¿Cuándo nos vimos la última vez, doctor?... ¿Hace ocho años o diez? Sólo recuerdo que nos encontramos en aquel café de la Avenida de Mayo, donde se reunían las gentes de mi arte. A pesar del tiempo transcurrido, le reconocí inmediatamente. Usted, en cambio, no hubiese sospechado nunca que soy el mismo Fonseca que le entretenía con sus historias allá en Buenos Aires.

Era cierto: nunca hubiese conocido al famoso comediante andariego en este viejo de espalda convexa, desdentado y con el rostro fruncido como una fruta invernal. De su pasado sólo conservaba la cabellera encrespada y abundante; pero ya no admitía el tinte, y era blanca y dura lo mismo que la de los negros cuando encanecen.

—Reconocerá usted, doctor—siguió diciendo don Mariano—, que fui profeta cuando le anuncié en «el otro mundo» el porvenir brillante que lo esperaba aquí. No he sentido ningún asombro al reconocer a mi antiguo compañero de café en el célebre médico que se digna visitar nuestro establecimiento. Yo he seguido rodando cuesta abajo; era mi destino, y gracias que pude parar aquí. Usted me conoció comediante en decadencia; pero, en fin, artista todavía, y con ciertos públicos que se conservaban fieles a mi nombre. Transcurridos unos cuantos años, me encuentra ahora de asilado en un establecimiento de caridad, y viejo, como si un siglo entero hubiese pasado sobre mí.

Durante mi veraneo en la costa cantábrica había querido ver un asilo para ancianos, fundado cerca del mar por un español enriquecido en la República Argentina. Este «indiano» había comprado una casa enorme, con vasto jardín, para vivir el resto de sus días en el país natal; pero el descanso, después de una existencia penosa de negocios y ahorro, pareció atraer a la muerte. Antes de irse del mundo había ordenado que su finca fuese convertida en asilo, aplicando la mayor parte de sus rentas al sostenimiento de la fundación. Como recompensa moral sólo pidió que su nombre figurase en grandes letras de oro sobre la fachada. Era médico-director del establecimiento un joven muy afecto a mis trabajos científicos,

y él fue quien me incitó con sus ruegos a realizar esta visita.

—No crea que me quejo de mi actual situación—continuó el comediante—. Fue una verdadera suerte que algunos españoles de Buenos Aires, apiadados de la miseria de Fonseca, al que habían aplaudido tanto en otros tiempos, obtuviesen un puesto para él en esta casa, que sólo puede albergar un corto número de infortunados. Le advierto que hicieron además una suscripción para costearme el viaje. El último obsequio de aquel público que tanto me quiso.

Aquí no estoy mal. El director me aprecia y gusta de escuchar mis historias «del otro mundo», o sea mis aventuras de cuando andaba de un extremo a otro de las antiguas Indias occidentales representando comedias. Los asilados me conocen y hasta sienten cierto orgullo al verme entre ellos. Algunos estuvieron en América, donde tanto bruto se ha hecho rico, y volvieron más pobres que se fueron, con la salud perdida. Unos recuerdan haberme aplaudido en un teatro de allá; seguramente un teatro de pueblo, de los de mi última época. Otros sólo están enterados de que don Mariano fue algo, y no por eso me respetan menos. Todos ven que cuando llegan visitas importantes soy yo el único de la casa que inspira curiosidad y el único también que puede sostener una conversación. Los demás se alejan apenas el visitante les da tabaco.

Se detuvo Fonseca al decir esto, mirando con desaliento la colilla de cigarro que guardaba entre los dedos.

—No crea usted que soy ingrato y gusto de criticar a mis bienhechores, como algunos de los infelices que viven aquí. Pero debo declarar que en esta casa no todo es perfecto y existe en ella un gran vicio de organización.

El hombre benemérito que la fundó hizo su fortuna en Buenos Aires fabricando cigarrillos, y sin embargo, en su testamento no tuvo en cuenta para nada que el hombre necesita fumar, necesidad que dio origen a su riqueza. Estamos bien alojados, no comemos mal; pero de tabaco... ¡ni una brizna! En el reglamento de esta casa no se habla de dar a los asilados ni un mísero cigarrillo, y usted sabe cuán necesario es el tabaco para los que viven una existencia común, en un buque, un cuartel o un asilo.

Yo espero horas enteras el paso del director por el jardín o invento pretextos para buscarle. Sé que el encuentro me puede proporcionar un

poco de tabaco, pues a él lo place oírme, y yo hablo más a gusto cuando fumo.

Esto no lo he dicho como indirecta para que me regale usted cigarrillos... Pero en fin, ¡ya que usted se empeña!... Crea que agradezco de verdad su obsequio. Otros asilados tienen parientes en el país, que vienen a verlos y les traen paquetes del estanco. Yo estoy solo en el mundo y únicamente puedo contar con lo que me den las buenas almas.

Cediendo a mi insistencia, Fonseca se apoderó, con una avidez pueril, de todos los pitillos que contenía mi cigarrera. Encendió uno en el resto del anterior, y luego de expeler por las narices dos chorros de humo con el regodeo del que paladea su deleite favorito, continuó hablando:

—Se irá usted esta misma tarde. Lo he oído a las señoras que llegaron con usted y están visitando el jardín en este momento acompañadas por el director. Vamos a separarnos pronto, y adivino que siente curiosidad por conocer la vida de este infeliz después que dejó de verle.

¿Se acuerda usted de Pepita, mi pobre «Virgen guerrera»?... No he olvidado que vino usted a casa para ver mis recuerdos de gloria: las coronas, las placas de metal regaladas en noches de beneficio, una colección de anforitas de barro cocido y otras cosas sacadas de las tumbas de los indios que fui adquiriendo en mis viajes.

¡Ay! Todo eso desapareció. Tuve que venderlo a cualquier precio en mis últimos años de miseria; cuando me vi solo en Buenos Aires y forzado casi a pedir limosna.

A mi hija la conoció usted en aquella visita. No creo que se llevase un recuerdo agradable de ella.

Inútiles las excusas: lo mismo les ocurrió a muchos. No digo que fuese mal educada; pero era incapaz de una expansión sonriente, de una palabra amable, siempre ceñuda y con hostilidad para los hombres. No podía ser de otro modo, aunque lo desease.

Repetidas veces anduvo en noviazgos con actores jóvenes de nuestra compañía; pero siempre acabó por repelerlos.

—Yo no puedo sufrir a otro hombre que a ti, papá—me decía—. No me

casaré nunca.

Creo que uno de estos novios desechados fue el que inventó su apodo de «Virgen guerrera». El mote no pudo ser más exacto y completo. Su odio a los hombres era prueba y garantía de su virginidad. Y en cuanto a lo de guerrera, yo sabía de esto más que nadie.

Tenía el carácter belicoso de mi mujer; pero la pobre Rosalba enviaba sonrisas voluntariamente a los señores del público, y mi hija necesitaba un esfuerzo heroico para sonreír en la escena. En realidad, sólo llegaba a dar media sonrisa, y era con la boca nada más, mientras el resto de su cara se mantenía cejijunto y agresivo.

Este mal carácter le impidió ser una gran actriz. No crea que habla mi cariño de padre. Le aseguro que tenía más talento que Rosalba y todas las mujeres con las que he trabajado en mi vida. ¡Pero aquel rostro de pocos amigos!... ¡Aquella voz dura y monótona, que sólo se ablandaba al expresar en escena la cólera o la venganza!...

Con todos sus defectos, los últimos años que pasé junto a ella, a pesar de ser los de mi decadencia, me parecieron más gratos que los de mi juventud gloriosa al lado de Rosalba. Después que usted la vio hicimos una excursión por Chile y otras Repúblicas de la costa del Pacífico. Fuimos avanzando de teatro en teatro en dirección contraria a la de los descubridores españoles, o sea de Sur a Norte.

Le he dicho a usted de teatro en teatro, y esto muchas veces no fue verdad. Huíamos de las ciudades con teatros, porque en ellas el público no mostraba interés alguno por conocernos. Había pasado la época de Mariano Fonseca. Este nombre no decía nada a las gentes nuevas. En todas partes querían obras con música o dramas representados con gran aparato escénico, ¡y nosotros éramos tan pobres!...

La juventud del país acudía la primera noche deseosa de ver a las mujeres de nuestra compañía; pero mi Pepita, con sólo mostrarse, ponía en fuga a este público bullicioso. Sin embargo, usted la conoció. Era tal vez demasiado morena, pero nadie podía llamarla fea. Además, acuérdesese de sus ojos...

Indudablemente, no era un espantajo, y muchos sintieron la atracción de su juventud y de su hermosura algo rara. Pero ¡ay!, ¡su maldito carácter!...

¡Aquella prontitud de mano para contestar con una bofetada al más pequeño atrevimiento!... En algunos pueblos fuimos silbados a causa de sus violencias; de otros tuvimos que irnos a toda prisa porque la niña había golpeado al hijo del personaje más poderoso.

Buscábamos, para no morirnos de hambre, poblaciones casi ignoradas, sin pensar si había en ellas teatro o no lo había. Improvisábamos nuestro escenario en corrales de posadas llamadas hoteles, en plazas públicas, hasta en tolderías de indios a medio civilizar. Allí donde existía un grupo humano llegaba la compañía Fonseca, en mula, en carreta, en piragua o a pie.

Cuando nos faltaba algo para nuestras decoraciones, lo buscábamos en el almacén de comestibles del lugar. Recuerdo haber empleado en Don Juan Tenorio, como estatua de Doña Inés, un cartel anunciador hecho en los Estados Unidos, que representaba una buena moza, de tamaño natural, montada en una bicicleta. Y tal es el poder del arte, que con esta carencia de medios escénicos lográbamos emocionar a nuestros públicos y hacerlos aplaudir. Pero repito que esto ocurría siempre lejos de las ciudades, trabajando «con decoración de selva», como decía uno de nuestros compañeros.

Teníamos además un enemigo feroz, que nos acosaba incesantemente y cada año parecía centuplicarse. Lo sentíamos avanzar a nuestra espalda; nos salía al encuentro cerrándonos el paso; nos obligaba a redoblar la marcha para librarnos de su persecución; iba estrechándonos por ambos flancos. Este enemigo era el cinematógrafo.

Mientras no existió el maldito invento pudimos los cómicos errantes de América prolongar nuestra vida. En las poblaciones del interior, las gentes necesitadas de entretener sus noches acudían gozosas a nuestros espectáculos, fuesen éstos como fuesen. No había otra cosa. Pero con la generalización del llamado «teatro mudo», todos parecían vernos bajo una nueva luz, dándose cuenta de nuestra pobreza y de nuestras improvisaciones grotescas.

Crea, doctor, que por culpa del cinematógrafo pasamos grandes apuros y vergüenzas en el último período de mi carrera. Gracias a que la energía de Pepita sirvió más de una vez para sacarme adelante. Yendo de pueblo en pueblo y evitando las ciudades, que representaban para nosotros el fracaso y la miseria, vinimos a dar en una de las regiones menos pobladas

de Venezuela; un país que políticamente pertenece a dicha República, pero a causa de lo difíciles y largas que resultan las comunicaciones, está gobernado por un amigo del presidente, que ejerce una autoridad absoluta.

Este gobernante cambia a cada revolución, y el que encontramos nosotros fue un buen mozo, llamado Urdaneta, gran jinete, gran «machetero», como dicen allá, e irresistible en el manejo de la lanza. Era un hombre temerario, pródigo en dádivas, rapaz para los que vivían sometidos a su gobierno, feroz con sus enemigos y aficionado a todos los placeres que tienen algo de crueldad; en fin, un varón creado para la pelea y la conquista.

Él vio una especie de triunfo político en nuestra llegada a la población, cabecera de sus dominios. La compañía Fonseca representaba un gran suceso en la historia de su gobierno. Iban transcurridos muchos años desde la última vez que unos comediantes habían visitado aquel rincón de la tierra.

Resultaba explicable el entusiasmo con que fuimos recibidos, después de tantos menosprecios y pobrezas. El viaje valía todo esto y mucho más. Yo, que llevaba una vida tan larga de exploraciones, sentí asombro viéndome llegado hasta allí.

Un protegido de Urdaneta, al encontrarnos en la capital de la República, nos había propuesto esta «temporada extraordinaria», y dirigidos por él atravesamos sabanas que parecían interminables, y en cuya vegetación se hundían nuestras mulas hasta el vientre. Luego nos creímos perdidos en selvas donde no se veía el cielo y bajaba a través del ramaje una luz verdosa, semejante a la del fondo del mar. Pero los guías lograban orientarse, siguiendo unos senderos apenas perceptibles entre la maleza agitada por bestias ocultas. Vimos aves de plumaje fantástico, mariposas enormes, pájaros diminutos como insectos, moscas que parecían esmeraldas y rubíes con alas; mas nos faltaba tranquilidad para admirar tales prodigios. Pensábamos en tigres y jaguares, creyendo su aparición inmediata cada vez que las mulas coceaban o se echaban atrás, inclinando sus orejas con inquietud.

A continuación pasamos muchos días viviendo y durmiendo en canoas que se deslizaban por una maraña de arroyos y ríos. Todos los cursos de agua parecían iguales. Repetidas veces nos imaginamos haber pasado por el mismo sitio, mirando con incredulidad a los romeros indígenas, que sonreían de nuestra desconfianza. Navegábamos jornadas enteras bajo

túneles de follaje. Las ramas colgantes nos obligaban con su azote a bajar las cabezas. De vez en cuando, un marinero cobrizo, con la vista fija en la bóveda vegetal ensombrecedora de las aguas, levantaba su percha, dando un fuerte palo a una de las lianas verticales. La liana tenía ojos, se contraía, y perdiendo su equilibrio acababa por derrumbarse en el río. Era una boa enorme...

Pero ¿a qué contarle más de este viaje? Era una América distinta a la que usted conoce; la tierra tropical casi intacta, tal como debieron verla los primeros españoles que bajaron por el Amazonas o el Orinoco. A nosotros, pobres cómicos, después de pasar varias semanas en el seno de esta naturaleza sin domar, nos pareció una capital enorme el pueblo donde vivía Urdaneta, y recibimos con gratitud casi llorosa las muestras de afecto y protección de este personaje.

Jamás sultán de cuentos orientales se vio tan admirado y obedecido como él por nosotros. Hay que advertir que Urdaneta vivía casi aislado en las tierras sometidas a su gobierno. Todos le temían y procuraban evitar su presencia. Era caprichoso en su trato con las personas, no creía en la amistad, se consideraba amenazado constantemente, y para librarse de asechanzas procuraba ser el primero en la agresión. Total, que había dado muerte a muchos de sus gobernados para librar su propia vida, según él afirmaba, o por capricho y embriaguez, según el decir de las gentes.

Nuestra presencia le proporcionó diversiones extraordinarias. Con la magnanimidad de un tirano protector de las artes, nos invitó repetidas veces a comer en su casa. Además decretó enérgicamente que el país debía civilizarse, y para ello lo más eficaz era acudir a un espectáculo culto y moralizador como nuestras representaciones.

Siempre había sido gran aficionado a la poesía. En la sobremesa de sus banquetes, cuando estaba casi agotada la botella de ron puesta ante él, nos iba recitando el inmenso caudal de versos, sentimentales y amorosos, atesorado en su memoria. Durante sus campañas para derribar a varios presidentes por el hierro y por el fuego, su distracción nocturna era tañer la guitarra, cantando romanzas de treinta o cuarenta estrofas, todas ellas dignas de lágrimas. Reconozco que este guerrero lírico y sensitivo habría ordenado a veces, en el mismo día, numerosos fusilamientos; pero, no obstante este detalle y el enorme daño que acabó por causarme, declaro que era simpático a su modo.

Los últimos triunfos de mi vida artística los debo a su protección. Había improvisado un teatro, al que acudían puntualmente todas las noches los habitantes del pueblo como si cumpliesen una función pública. Frente al escenario había un tabladillo adornado con banderas nacionales, y en él un sillón de madera dorada traído de la iglesia.

Este palco presidencial lo ocupaba Urdaneta con otros personajes de tez sombría, ojos diabólicos y palabra melosa, que oran ejecutores de sus voluntades y compañeros de sus peligros. El público reía nuestras gracias o aplaudía frenéticamente nuestras nobles acciones, animado por el gesto benévolo del presidente. Pepita era considerada por los espectadores como una deidad milagrosa que podía interceder en favor de ellos, haciendo más tolerable su existencia. Yo trabajaba con el inquebrantable entusiasmo del que tiene seguro su éxito.

Pero debo llegar al final de este período de mi existencia (el último en que me creí feliz), o sea a mi infortunio definitivo.

Un día me di cuenta de que mi hija ya no merecía su apodo. Como ocurre siempre en tales casos, yo fui el último en enterarme. Por algo el público, al aplaudirla, mostraba la adulación de los que desean congraciarse con los poderosos. Pepita era la amante de Urdaneta, y esto había sido por su voluntad, sin que el déspota, acostumbrado a la violencia, necesitase hacer nada para vencerla. La «Virgen guerrera» había reservado su integridad corporal para este descendiente de los conquistadores, que la esperaba, sin saberlo, en un rincón de la América caliente, aislado por selvas y ríos.

No negaré que Urdaneta era un cumplido varón, capaz de conmover a las hembras que gustan de hombres violentos y desean vivir sometidas a una voluntad avasalladora. Pero Pepita era todo lo contrario. Yo no la consideraba inferior por su mal genio al tirano que nos protegía. Luego pensé que tal vez la identidad de sus caracteres había acabado por atraerlos.

Pasé mucho tiempo fingiendo ignorancia y ceguera. Dirá usted que esto no es digno de un padre; pero ¡ay!, ¡la vida nos exige tales cosas cuando somos pobres! Además, Pepita se mostraba contenta de su nueva situación, y cada vez que intenté hablar de lo ocurrido, me miró con aquellos ojos que parecían congelarme, cortando bruscamente mis palabras.

Con un hombre como Urdaneta no podían durar mucho las situaciones tranquilas y plácidas. Él dio fin, del modo más inesperado, a nuestra temporada teatral. Le parecieron inoportunas las familiaridades de los hombres de la compañía con la primera dama... ¿Por qué tuteaban a Pepita?... ¿Cómo iba a tolerar que un actor la abrazase en la escena, diciendo palabras amorosas, cuando por menos había sacado en diversas ocasiones el revólver o el machete, librándose en un segundo del que podía ser su rival?...

Se acabó el teatro, y con él mis noches gloriosas, apagándose para siempre aquellas salvas de aplausos que me hacían retroceder a los tiempos de mi juventud. Urdaneta retribuyó generosamente a mis compañeros, haciéndoles emprender su viaje de vuelta a la capital, otra vez por ríos, selvas y llanuras. Yo me quedé, porque era el padre de la gobernadora; pero jamás en mi existencia me vi tan solo y aburrido.

Pasaba los días conversando con aquellos personajes inquietantes, oscuros de tez, que eran algo así como los mariscales de la corte de mi napoleónico protector. Me hablaban de guerras civiles y de revoluciones, mostrando un menosprecio espeluznante por el valor de la vida humana.

Mientras tanto, los dos enamorados corrían a caballo las selvas o se dedicaban a la caza. Urdaneta era ahora maestro de mi hija, alabando sus admirables disposiciones. Este hombre de armas gozaba en enseñar su manojo a Pepita, y la casa del gobernador temblaba diariamente con el estruendo de las pistolas y carabinas usadas por ella.

Tal era la confianza del terrible maestro en su discípula, que había inventado una diversión de las que a él le gustaban, mezcla de voluptuosidad y de peligro. Muchas noches, antes de acostarse, mi yerno (llamémosle así) colocaba sobre su cabeza una fruta cualquiera del país, algo que pudiera servir como la manzana de Guillermo Tell. Y la nueva tiradora se la arrebatava con un balazo de su rifle. Después de este juego, los dos parecían amarse con nueva pasión. Era algo semejante a las caricias de las fieras, según decían en el pueblo.

Un día me hablaron dos forasteros, haciendo grandes elogios de mi talento de actor. Aseguraban haberme aplaudido en una de las pocas funciones que di en la capital de la República. Luego me ofrecieron un regalo de diez mil dólares en moneda americana y dos pasajes hasta Cuba, para mí y

para mi hija.

Bastaba una operación insignificante para corresponder a tanta generosidad. Se daban por contentos con que la ex «Virgen guerrera» bajase un poquito su puntería una noche: asunto de que el proyectil, en vez de rozar la abundosa cabellera de Urdaneta, le diese en mitad de la frente.

Me pareció poco repeler esta propuesta con las mejores frases de indignación de mi repertorio, y se la revelé a mi hija. ¡Qué quiere usted!... Le había tomado cierta simpatía al tirano, recordando los tiempos en que protegió con tanta eficacia el arte dramático. Pepita debió hablar, y Urdaneta consideró oportuno unos cuantos fusilamientos, ordenados a capricho indudablemente, pero con el deseo de que sirviesen de saludable advertencia a sus contrarios.

No le extrañará a usted, después de esto, que Mariano Fonseca, hombre pacífico y accesible al remordimiento, no pudiese vivir con tranquilidad. Me acusaba a solas de los fusilamientos, como si los hubiese ordenado yo mismo. Para mayor desdicha, Urdaneta empezó a mirarme con desconfianza, considerando inoportuna mi presencia en sus dominios. Por suerte, no me creyó traidor ni un instante; pero, según dijo a mi hija, me tenía por un bonachón peligroso, dispuesto a liar amistad con todo el que me hablase de cosas de teatro: una especie de puerta abierta por la que podían llegar sus enemigos hasta él... Y como era rápido y enérgico en sus resoluciones, ordenó mi viaje de vuelta, lo mismo que había hecho meses antes con las gentes de mi compañía.

Resultaba absurdo pensar en protestas ni razones con Urdaneta. Además, mi hija decía siempre lo mismo que su amante. Para abreviar: tuve que hacer de nuevo el largo trayecto, en piragua y en mula, hasta la capital de la República; pero esta vez abundantemente provisto de dinero. El déspota sabía ser generoso, derrochando su riqueza con la misma violencia que empleaba para adquirirla.

Sentí, al verme solo, el tirón de la vida errante, y reanudé mis correrías, ahora, de Norte a Sur, atraído, como siempre, por Buenos Aires. En mi lenta retirada tuve noticias de Pepita: las últimas.

Estalló una revolución en aquella tierra; una más que añadir a la lista interminable de su historia. El presidente fue derribado; pero le dieron

tiempo para escapar. Urdaneta, su protegido, no quiso imitarle. Se había acostumbrado a vivir como una autoridad independiente en aquel rincón olvidado y casi salvaje de la República. Se imaginaba que este gobierno era suyo por derecho de conquista, y nadie podía arrebatárselo, ocurriese lo que ocurriese en el resto de la nación.

La gente no lo entendía así. Ya que había triunfado una revuelta, debían renovarse las autoridades, siendo reemplazado Urdaneta por otro gobernante. Nadie se hacía la ilusión de que el nuevo fuese mejor; pero era indispensable cambiar de tirano. Los hombres de confianza del vencido sintieron igualmente ese deseo general, abandonándole para unirse a los vencedores.

Ni aun así quiso huir aquel testarudo, audaz y valeroso, digno de vivir en otros siglos. Al verse sin amigos, se fortificó en la casa de gobierno con mi hija. ¡Los dos contra todo el pueblo y contra los grupos en armas enviados por la revolución triunfante!... Ambos eran excelentes tiradores, y los fusiles y cartuchos abundaban en su vivienda.

Me han contado que Pepita, caída en el suelo, con una pierna rota de un balazo y otras heridas en el cuerpo, cargaba los rifles, pasándoselos a Urdaneta, que tiraba y tiraba incesantemente con una ligereza de demonio. Los asaltantes, después de muchos ataques inútiles y mortales, tuvieron que avanzar protegidos por unas carretas de paja ardiendo, y prendieron fuego al edificio, convencidos de que únicamente así podrían acabar con su temible gobernador.

De este modo perecieron Urdaneta y mi ex «Virgen guerrera». La muchedumbre sólo osó acercarse a ellos cuando sus cadáveres estaban ardiendo como si fuesen carbón. Aun así, temían muchos que surgiesen otra vez de entre las llamas los certeros balazos del tirano.

Después de esto, creo que nadie se atreverá a decir que en la vida de los comediantes todo es mentira y fingimiento, y que no ocurren en la realidad dramas más tremebundos que los que nosotros representamos sobre las tablas.

Muerta mi hija, las aventuras de mi vida no ofrecen interés. Cuando volví a Buenos Aires ya me había comido todo lo que me dio el generoso compañero de Pepita. Conocí de nuevo miserias y humillaciones; pero ahora estaba solo, me faltaba mi hija, que parecía sostenerme y darme

vigor con su duro carácter. Además, los compañeros eran malos conmigo al no ver a mi lado «la Virgen guerrera»... Ya sabe usted lo demás: cómo vine a dar con mis huesos en este refugio, la protección de algunos comerciantes españoles de allá, la suscripción para el viaje, etc.

Pero advierto, doctor Olmedilla, que le llaman esas señoras, y el director parece impacientarse porque le retengo con mi charla.

No se ocupe de mí; atienda a sus amigos... y si alguna vez se acuerda del comediante Fonseca, su viejo compañero de Buenos Aires, ya sabe cómo puede favorecerlo.

Nada de dinero... Me envía simplemente tabaco: unos cuantos paquetes de cigarrillos.

Todos sufrimos en esta casa por la distracción de aquel cigarrero que a la hora de su muerte no se acordó de que los hombres fuman. Y las buenas almas deben reparar un olvido tan inexplicable.

IV

Transcurrieron varios años. No volví más al asilo de la costa cantábrica; pero un día hablé en Madrid con el médico que había sido su director.

Al verle, resurgió en mi memoria la imagen del comediante Fonseca, y pregunté por él.

—Murió un año antes de abandonar yo la dirección—dijo el médico—. Cuando sólo le quedaban unos meses de existencia, cambió de nombre, y casi en su agonía hizo testamento, dejando su fortuna a sus compañeros de asilo.

Comprendo el gesto de asombro con que recibe usted tales noticias. En realidad, fue extraordinario el final del célebre Fonseca, algo parecido al último acto de uno de aquellos melodramas que estaban de moda en su juventud.

Le advierto que don Mariano se acordó siempre de usted, y hablaba a todos de su amistad. Creo que sólo le envió usted tabaco dos veces; pero estos paquetes de cigarrillos (que tal vez no pasaron de doce) parecían tener la fuerza reproductora de los panes y los odres en las bodas de Canaán. Siempre que fumaba un cigarrillo, aunque se lo hubiesen regalado minutos antes, decía a sus compañeros, con voz campanuda y solemne, como si estuviese representando la escena más culminante de un drama:

—Es del envío que me hace todos los meses mi ilustre amigo el doctor Olmedilla, una eminencia de Madrid.

Un verano recibimos la visita del senador de aquella tierra, personaje político tan venerable como poco conocido, y viejo lo mismo que Fonseca. Éste, después de repetir en voz baja, con expresión meditabunda, el nombre de nuestro visitante, se dirigió a él tendiéndole una mano.

Nos interpusimos muchos de los presentes, interpretando esta familiaridad

como una insolencia de su chochez. El viejo actor empezaba a mostrarse menos razonable y coherente en el relato de sus historias. Pero Fonseca dio explicaciones con voz segura, que nos convencieron a todos. Su memoria parecía haberse robustecido con la presencia del senador. Recordaba perfectamente su nombre. Habían sido condiscípulos en Madrid, cuando él estudiaba el bachillerato.

Y tales detalles fue amontonando al evocar aquella época remota, que el personaje político, que parecía haber despertado igualmente de su atonía senil, acabó por reconocerle.

—¡Pero tú eres Cerón!—dijo—. Me acuerdo cómo reíamos de tu apellido, siendo muchachos... ¿Por qué te llaman aquí Fonseca?

Aceptó la pregunta el comediante con resignación y al mismo tiempo con inquietud, como el que se ve obligado a revelar un misterio de su vida.

Efectivamente, su apellido era Cerón, y en días sucesivos fuimos conociendo la primera época de su existencia, antes de que se marchase a América. Dos reporteros de los diarios de la capital de la provincia que habían venido con el personaje vieron en esta historia materia para un artículo.

Fonseca se llamaba Cerón, y con este nombre había empezado en Madrid su carrera de comediante. Continuos y ruidosos fracasos le obligaron a huir de la escena y de su patria. ¿Cómo continuar su vida teatral en un país donde los actores, para hacer patente la mediocridad de un camarada, se limitaban a decir: «Es más malo que Cerón»?

Al marcharse había creído oportuno cambiar de nombre, y Mariano Cerón pasó a ser el incansable Mariano Fonseca, actor errante y célebre (como él decía) «desde la frontera de Texas al estrecho de Magallanes».

Esto no lo considero yo extraordinario; ahora viene lo más interesante.

La historia del actor que cambió de nombre y llegó a ser famoso en América fue pasando de periódico en periódico, y un día se presentó en el asilo un hombre de negocios judiciales, un picapleitos, que venía de Madrid sólo para dar a Fonseca la noticia de que una herencia estaba esperándolo más de veinte años.

Cierto señor Cerón, ya difunto, había hecho testamento, dejando sus bienes a un hermano suyo huido a América, sin que nadie supiera más de él. ¿Quién podía adivinar al ignorado Cerón en el glorioso Fonseca?...

La herencia no era enorme, como las que se ven llegar inesperadamente en comedias y novelas. Creo que no iba más allá de veinticinco mil duros; pero ¡imagínese usted lo que representaba esto para nuestro amigo inolvidable!...

Además, la tal herencia parecía fatigadísima de esperar tantos años, y, contra lo que es costumbre en los tribunales, deseaba entregarse cuanto antes. El rábula sólo necesitó un poder del heredero para resolver el asunto con inusitada rapidez.

Pero nuestro héroe se apresuró igualmente a morir, ahora que se veía rico.

Se fue del mundo dignamente, reparando una gran injusticia, como tantas veces lo había hecho, espada en mano, sobre las tablas de los escenarios. Quiso dictar su testamento, y dejó por herederos de sus bienes a todos los camaradas de asilo y a los que les sucedan en aquella casa. La renta de su capital debe emplearse enteramente en tabaco, para que de este modo no conozcan nunca los pobres el tormento sufrido por él en sus últimos años a causa de una omisión del fundador.

Y los asilados pasan ahora el día entero fumando y fumando. Lo que ignoro es si dentro de unos años se acordarán del comediante Fonseca.

Vicente Blasco Ibáñez



Vicente Blasco Ibáñez (Valencia, 29 de enero de 1867 – Menton, Francia, 28 de enero de 1928) fue un escritor, periodista y político español.

Dividió su vida entre la política, el periodismo, la literatura y el amor a las mujeres, de las que era un admirador profundo, tanto de la belleza física como de las características psicológicas de éstas. Se definía como un hombre de acción, antes de como un literato. Escribía con inusitada rapidez. Era entusiasta de Miguel de Cervantes y de la historia y la

literatura españolas.

Amaba la música tanto o más que la literatura. Wagner le apasionaba, su apoteósica música exaltaba su viva imaginación y soñaba con los dioses nórdicos y los héroes mitológicos como Sigfrido, nombre que más tarde pondría a uno de sus cuatro hijos. En su obra *Entre naranjos*, nos deleita con el simbolismo de las óperas del célebre compositor. En una reunión típica de la época, en que los jóvenes se reunían para hablar de música y literatura y recitaban poesías, conoce a la que sería su esposa y madre de sus hijos, María Blasco del Cacho.

Aunque hablaba valenciano, escribió casi por completo sus obras en castellano con solo nimios toques de valenciano en ellas, aunque también escribió algún relato corto en valenciano para el almanaque de la sociedad *Lo Rat Penat*.

Aunque por algunos críticos se le ha incluido entre los escritores de la Generación del 98, la verdad es que sus coetáneos no lo admitieron entre ellos. Vicente Blasco Ibáñez fue un hombre afortunado en todos los órdenes de la vida y además se enriqueció con la literatura, cosa que ninguno de ellos había logrado. Además, su personalidad arrolladora, impetuosa, vital, le atrajo la antipatía de algunos. Sin embargo, pese a ello, el propio Azorín, uno de sus detractores, ha escrito páginas extraordinarias en las que manifiesta su admiración por el escritor valenciano. Por sus descripciones de la huerta de Valencia y de su esplendoroso mar, destacables en sus obras ambientadas en la Comunidad Valenciana, su tierra natal, semejantes en luminosidad y vigor a los trazos de los pinceles de su gran amigo, el ilustre pintor valenciano Joaquín Sorolla.

Blasco cultivó varios géneros dentro de la narrativa. Así, obras como *Arroz y tartana* (1894), *Cañas y barro* (1902) o *La barraca* (1898), entre otras, se pueden considerar novelas regionales, de ambiente valenciano. Al mismo tiempo, destacan sus libros de carácter histórico, entre los cuales se encuentran: *Mare Nostrum*, *El caballero de la Virgen*, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916), *El Papa del Mar*, *A los pies de Venus* o de carácter autobiográfico como *La maja desnuda*, *La voluntad de vivir* e incluso *Los Argonautas*, en la que mezcla algo de su propia biografía con la historia de la colonización española de América. Añádase *La catedral*, detallado fresco de los entresijos eclesiásticos de la catedral de Toledo.

La obra de Vicente Blasco Ibáñez, en la mayoría de las historias de la

literatura española hechas en España, se califica por sus características generales como perteneciente al naturalismo literario. También se pueden observar, en su primera fase, algunos elementos costumbristas y regionalistas.

Sin embargo, se pueden agrupar sus obras literarias según su gran variedad temática frecuentemente ignorada en su propio país, puesto que además de las novelas denominadas de ambiente valenciano (Arroz y tartana, Flor de Mayo, La barraca, Entre naranjos, Cañas y barro, Sónnica la cortesana, Cuentos valencianos, La condenada), hay novelas sociales (La catedral, El intruso, La bodega, La horda), psicológicas (La maja desnuda, Sangre y arena, Los muertos mandan), novelas de temas americanos (Los argonautas, La tierra de todos), novelas sobre la guerra, la Primera Guerra Mundial (Los cuatro jinetes del Apocalipsis, Mare nostrum, Los enemigos de la mujer), novelas de exaltación histórica española (El Papa del mar, A los pies de Venus, En busca del Gran Kan, El caballero de la Virgen), novelas de aventuras (El paraíso de las mujeres, La reina Calafia, El fantasma de las alas de oro), libros de viajes (La vuelta al mundo de un novelista, En el país del arte, Oriente, la Argentina y sus grandezas) y novelas cortas (El préstamo de la difunta, Novelas de la Costa Azul, Novelas de amor y de muerte, El adiós de Schubert) entre sus muchas obras.

(Información extraída de la Wikipedia)